



El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

¡Queremos coronarte!

Sí, Madre de la Caridad, el pueblo de Cartagena, tu pueblo, ha pedido con un inmenso clamor, con el clamor de cuarenta mil voces, una corona para tu cabeza, hermosa, brillante, como la que cada cartagenero lleva en su corazón para tí, más que de oro y piedras preciosas de fino tejido de delicados sentimientos, rendido homenaje y filial amor.

Toda Cartagena, a porfía, contribuye a tu Coronación, sin distinción de clases, ideas ni sexos, y hasta este humilde periódico quiere dedicarte un número extraordinario que sea como una corona de delicadas flores, arrancadas del pensil por expertos jardineros y en la que dominen los admirables pensamientos que en honor sean y correspondan a tí, Virgen santa de los Dolores.

Un mes escasamente falta para esa fecha memorable, que quedará grabada en la gloriosa historia de este pueblo, con imborrable buril; Cartagena entera se aprésta a rendirte la adoración que guarda dentro de su alma y a proclamarte por Reina y Madre.

No te ovides de ella; muestra a nosotros esos tus ojos misericordiosos, bendicenos a todos y sé el paño de lágrimas en nuestras aflicciones y la alegría de nuestros cristianos hogares.

LA REDACCIÓN

HACIA ARRIBA

Bastaría mirar a mundo y a Cristo para persuadirse del cumplimiento exacto del vaticinio del anciano vidente del templo de Jerusalén, cuando dijo de Jesús: «Este ha sido puesto como blanco de contradicción» Y así es en efecto. Jesucristo y el mundo tienen programas antitéticos. Son enemigos irreconciliables.

La tendencia del mundo es hacia la disipación, los placeres, las riquezas y, si queréis, también hacia el progreso. Mucho gozar, el máximo de rendimientos con el menor empleo de actividad y energías, mucho sueldo y poco trabajo. Eso es el mundo. En ocasiones acude a los prestigios de una civilización que deslumbraba; pero es una civilización positivista, que llena de conquistas el sector de los sentidos y entre tanto deja vacío el espíritu y el alma; que llama ciencia a la exactitud de una demostración matemática, entre tanto que no sabe apreciar el valor de un silogismo.

La tendencia del Evangelio es diametralmente opuesta. Habla antes de deberes que de derechos en el hombre, canoniza la humildad y la pobreza de espíritu, tiene como programa el cielo y como lema el sacrificio. Bendice los programas materiales, pero haciéndolos esclavos de los progresos del alma. Quiere sabios pero que se limiten a demostraciones matemáticas sino que sepan el valor de la Moral y de la Teología, que Cervantes llamó la reina de las ciencias. Empuja al hombre hacia adelante, pero al mismo tiempo lo levanta y le hace mirar hacia arriba, si ha de haber un objetivo que haya determinado su aparición en el mundo.

¿Quién lleva la razón?...

El mundo ha creado un Barcelona con sus sindicalismos y su semana trágica. El Evangelio ha creado un Lourdes con sus milagros y su amor a los enfermos. Comparad.

Si el árbol se conoce por sus frutos, llamad ruina a la tendencia del mun-

do y progreso verdad a Cristo y su Evangelio.

Digo estas cosas porque el día de la Virgen de la Caridad en Cartagena, por una parte me da el alisbo de soberanas grandezas, y por otro me sumerge en laberintos verdaderamente enigmáticos. El amor a la Virgen me da la sensación de una Cartagena a lo Lourdes, con milagros de desprendida caridad y exquisitos cuidados a los hijos del dolor. Pero yo no acierto a compaginar esto con la vergonzosa estadística de los que acuden a misa los domingos, la más vergonzosa de los que descansan en el día santo y la extremadamente vergonzosísima de los que cumplen el precepto de la Comunión Pascual. Y digo en mis ratos de soledad: ¿Cómo una ciudad puede ser amante de la Virgen Dolorosa y prácticamente positivista al mismo tiempo?

Tal vez falta una fuerza que la levante hacia arriba. Tal vez falta un riego que dé lozanía y frutos de virtudes macizas a su piedad. ¿Será la próxima Coronación de la Virgen este riego y esta fuerza?...

F. Cavero
Arcipreste

Dolor y Amor

Arcano profundo del corazón. Su vida es amor; pero no se satisface ni medra sino cuando ama en el dolor.

Del lacerado seno de la madre sale envuelto en ayes, lágrimas y llanto el feto de aquella que se ha visto expuesta a la muerte para darle vida. Y ¡cuántas veces estos dolores remembrados acrecerán el amor!

La obligación que todo hijo tiene de corresponder con amor al de su madre queda libre y voluntariamente cumplida desde que se acuerda de los dolores de su madre. Razón de aquella sentencia que recuerda el libro de El Eclesiástico (7 29): Honra a tu padre y no olvides los dolores de tu madre.

La Iglesia que mira con solicitud por la perfección de todos sus hijos recuerda en los pueblos o sociedades cristianas los Dolores de María, la Virgen de la Caridad, y ordena esta fiesta a estrechar el corazón de la Virgen Dolorosa y los de todos sus hijos, que lo somos todos los hombres —, y a hacer que la corriente del amor, cual la magnética que atraviesa poderoso electro-imán, acreciente energicamente el poder atractivo de la mutua Caridad.

Amemos a la Virgen de la Caridad y recordemos siempre sus Dolores.

Juan Oteo
Misionero C. M. F.

23-III 1928.

A la Virgen de los Dolores en su día

I
Virgen de Caridad, tú eres el nido
Que engendra amores de eterna ventura,
Y la sombra benéfica y segura
Donde se acoge el triste desvalido
Para gozar sin fin de tu consuelo!

II
Virgen de Caridad, tú eres la playa
A la que arriba el bienestar del cielo,
Y es el pecho sin tumba de hijo o,
En donde inerte el corazón desmaya
Sin el dulce calor de tu consuelo!

III
Virgen de Caridad, tú eres la fuente
De limpiadas y místicas arenas;
Del néctar de tu amor las almas llenas,
Por eso pob. Caridad! a tu torrente,
Van a aplacar su sed las almas buenas!

Dr. Nemesio de Heredia
(El Españolito)



Como azucena entre espinas...

Nos encontramos en la semana de Pasión.

La Iglesia está sumida en llanto, al paso que todo denota el duelo público en los ritos y ceremonias litúrgicas.

La Santa Esposa del Hombre-Dios, acompañada de su desconsolada familia dirige sus pasos hacia el Calvario.

Todo se agiganta en esta semana de los divinos misterios...

El odio de los enemigos de Jesús, la bondad, la mansedumbre y la clemencia del divino Redentor, y los dolores y angustias de su Madre Inmaculada.

Dos víctimas angustias se ofrecen a nuestra contemplación.

Junto al corazón de Jesús, afligido por la gran perversidad de los judíos, otro corazón lacerado también por los dolores más crueles.

Para excitar más viva y hondamente nuestra compasión, la Iglesia quiere que veneremos el viernes de esta semana la pasión de la tierna Virgen María.

S. Alfonso M.ª de Ligorio, ese maravilloso escritor de las glorias de la Virgen, nos dice que así como los de-

más mártires son representados con el instrumento de su suplicio, se representa a María con su Hijo muerto en sus brazos, porque Jesús fué el único instrumento de su martirio, a causa del amor que le tenía.

Por esto la Iglesia no solo la llama mártir, sino *Reina de los Mártires*. Y quiere que nos compadezcamos de esta madre afligida por causa de nosotros.

Y canta en uno de sus bellísimos himnos:

*O quot undis lacrimarum
Mater luctuosa volvitur...*

«¡Oh, con qué oleadas de lágrimas, de dolores y de angustias se ve penetrado el corazón de la afligida Madre!»

«Con qué pena contempla a su Hijo descendido del sangriento Madero

«Reclínalo en sus brazos y humedece con sus lágrimas la dulce boca y el humilde pecho y el dulcísimo costado, y las manos talaradas, y los benditos pies regados con su sangre.»

«Y abraza con estrechos lazos cien y mil veces aquel pecho abierto, aquellos brazos llagados...»

«Y besa amorosa todo aquel cuerpo divino, y en él se sumerge y anodada con ósculos de aflicción y de dolor.»

Compadezcamos a María.

Consolemos a María del único modo que puede y debe ser consolada, doliéndonos de nuestros pecados, pues estos fueron los que azotaron y atormentaron a Jesús.

«Y abraza con estrechos lazos cien y mil veces aquel pecho abierto, aquellos brazos llagados...»

«Y besa amorosa todo aquel cuerpo divino, y en él se sumerge y anodada con ósculos de aflicción y de dolor.»

«Y abraza con estrechos lazos cien y mil veces aquel pecho abierto, aquellos brazos llagados...»

«Y besa amorosa todo aquel cuerpo divino, y en él se sumerge y anodada con ósculos de aflicción y de dolor.»

«Y abraza con estrechos lazos cien y mil veces aquel pecho abierto, aquellos brazos llagados...»

«Y besa amorosa todo aquel cuerpo divino, y en él se sumerge y anodada con ósculos de aflicción y de dolor.»

«Y abraza con estrechos lazos cien y mil veces aquel pecho abierto, aquellos brazos llagados...»

«Y besa amorosa todo aquel cuerpo divino, y en él se sumerge y anodada con ósculos de aflicción y de dolor.»

«Y abraza con estrechos lazos cien y mil veces aquel pecho abierto, aquellos brazos llagados...»

«Y besa amorosa todo aquel cuerpo divino, y en él se sumerge y anodada con ósculos de aflicción y de dolor.»

«Y abraza con estrechos lazos cien y mil veces aquel pecho abierto, aquellos brazos llagados...»

HOMENAJES

Todos sabemos que diariamente penetran en el santo templo de la Caridad, gran número de fieles, que impulsados por la gratitud doblan su rodilla ante el altar de la Santísima Virgen. Allí el fervoroso, el tibio, el indiferente y hasta el que hace alarde de incredulidad, se congregan y ante Ella oran y ofrecen sus homenajes; atraídos por el impulso divino depositan limosnas en sus manos para que Ella siga favoreciendo la obra predicada de Cartagena donde se albergan cientos de personas buscando la salud del cuerpo y encuentran remedio a sus males no solo en lo material si que también en lo espiritual, por lo que cada uno de los que allí son consolados, conviértense en apóstoles del reconocimiento que todos deben a la que es su auxilio y protección.

No solo esa casa, mil veces bendita, también Cartagena entera percibe los raudales de su benigno corazón, puesto que su Imagen preside todos los hogares y con mirarla y contemplarla sienten como una llama de la verdadera fe, que les hace verse libres de las propias miserias y de los peligros de la impiedad.

Esto debe mover hoy los corazones para penetrar de nuevo en su templo y contemplando los Dolores agudísimos que experimentó junto a la Cruz, donde yacía el hijo de sus entrañas, convirtiéndose allí en Madre nuestra, redoblar la devoción, enjugar esas lágrimas que brotan de sus mejillas, acompañarle en su soledad, ofreciéndole de veras el corazón, para que acompañada de tantos hijos que le rinden homenajes y desean propagar su gloria y excelencias, siga manifestando su maternal protección a esta noble Ciudad de Cartagena, como desde su venida a la misma lo ha venido haciendo, siendo cada uno de nosotros testigo de esos dones que por su mediación ha obtenido esta nuestra Ciudad.

Pedro Gambín
Cura Económico del Sagrado Corazón

A la Virgen de la Caridad

A tu trono sin mancilla,
cuyo fulgor maravilla,
acudo como creyente,
inclino mi altiva frente,
doblo a la vez la rodilla.

Y a la sombra de tu manto
que, caritativo y santo,
es de Cartagena nido,
de fé con el pecho henchido
voy hasta tí a alzar mi canto.

Hasta tí, casta paloma,
posada en divina loma,
símbolo de la inocencia,
rosa de fragante esencia,
lirio de celeste aroma.

Hasta tí, de amores palma,
en quien busca paz y calma
el misero pecador
ante el amargo dolor
que despedaza su alma.

—Alma trocada en despojos,
por la hirviente sangre roja,
a fuer de sufrir agravios,
que suspira por los labios
y que llora por los ojos.—

Hasta tí, mujer amada,
venerable e inmaculada
que ofrezcas sin par consuelo
al anciano, al rapazuelo,
a la madre desolada,

Cuando el ser a quién ser dió

Violeta de oro

¡Fúlgida estrella, oh luz de mis amores,
benedida entre todas las mujeres...!

¡Egregia flor de místicos placeres,
y reina entre las reinas de las flores...!

Si del mortal consuevas los dolores
y eres toda virtud, y toda eres
la excelsa majestad, que donde vieres
germinar el dolor das tus candores.

¡Oh, Virgen de la Caridad, sagrada,
seráfica figura inmaculada...!

Mira al cielo, de galas un tesoro,
que una legión de arcángeles envía,
para cantar la excelcitud del día
de la Madre de Dios, Violeta de Oro.

Cecilio Recalde Rosado.
Madrid y Marzo 1928.